

Brasil, el país de la crisis

Cannabrava-Filho, Paulo

Paulo Cannabrava Filho: Periodista e historiador brasileiro. Analista de asuntos internacionales. Autor de libros y numerosos artículos sobre temas político-sociales latinoamericanos.

Perspectivas sombrías se perfilan para este final de año y posiblemente para todo el 92 en Brasil, tanto en los aspectos político y económico, como en lo social. En lo político se percibe día a día la pérdida gradual de gobernabilidad; en lo económico no se logra controlar la hiperinflación y la recesión. Y como consecuencia de ambas falencias se produce el agravamiento del hambre y de la miseria del pueblo, acercando al Brasil a los índices de las sociedades más miserables del planeta.

En las actuales circunstancias resulta difícil imaginar una reversión de esa tendencia. Aunque se produjera una ruptura en el proceso, sea por una revolución social, un golpe militar o político, en el corto y mediano plano seguirán los principales problemas de orden económico y social. Son muy graves los daños causados en el parque productivo en casi veinte años de retroceso, y abismal la brecha social.

Caída agrícola

Las consecuencias más graves de la incompetencia del gobierno y el desorden económico se dan en la producción agrícola. Entre 1985 y 1990, la economía creció a un promedio del 2% y el sector rural del 1,1%, ambos por debajo de los 2,5% del crecimiento de la población. En el 90, para un PIB del 4%, el desempeño de la producción agrícola fue del -10,9%.

De 1989 a 1990 la cosecha de granos cayó de 72 millones de toneladas a 57 millones y en 1991 tendremos un millón de toneladas menos. Para alcanzar la autosuficiencia se debería ampliar en 10 millones de hectáreas el área cultivada. Sin embargo lo que se verifica es su disminución, pues no hay recursos y el crédito agrícola es muy caro.

Para compensar el déficit en la producción de alimentos el gobierno recurre a la importación. Compra granos en Argentina, México y Canadá y carne de la Comunidad Europea, consumiendo divisas que estaban reservadas para amortiguar la deuda externa.

El saldo de la balanza comercial, de un promedio de 1.300 millones de dólares en el primer semestre, ha bajado a 700 millones en julio y llegó alrededor de 180 millones en septiembre.

El saldo positivo de las cuentas externas se venía logrando principalmente por la exportación de productos manufacturados. Con la recesión e inflación, la baja productividad y los altos costos internos, los productos brasileños vienen perdiendo la competitividad en el mercado mundial. Al lado de la disminución de la zafra agrícola y de la producción industrial, que tienden a elevar los precios, existen las presiones inflacionarias que los economistas definen como derivados de las distorsiones del sistema productivo brasileño hay un conflicto constante entre las estructuras de demanda y oferta. Prácticamente en todos los sectores de la economía hay un conflicto constante entre las estructuras de demanda y oferta.

Por ejemplo, desde hace 15 años no se producen viviendas populares y no hay oferta de crédito para que las clases medias construyan o adquieran sus casas. Eso genera una presión de demanda acumulada que eleva los precios tanto de los inmuebles como de los alquileres que hoy insumen entre el 70% y el 80% del ingreso salarial.

En el área de comunicaciones, al lado de un deficiente y obsoleto sistema de puertos que obliga al uso del transporte terrestre, tenemos una pésima red de carreteras deterioradas que son un peligro; faltan almacenes y graneros, circunstancia que aumenta el costo del transporte y consecuentemente el precio final de los productos.

Caída industrial

También los servicios de telefonía y la producción de energía eléctrica están al borde del colapso. Las regiones centrales y del noreste pueden sufrir un black-out en el próximo año por falta de inversiones en el sector. Serían necesarios a lo largo de este año gastos del orden de los 60.000 millones de dólares en servicios básicos por parte del Estado que, sin embargo, tiene las arcas vacías.

Como consecuencia, según una encuesta realizada por el mismo gobierno, sólo el 10% de las empresas son competitivas. En su mayoría empresas de tecnología de punta, generalmente filiales de transnacionales.

La industria del calzado, por ejemplo, perdió competitividad y hay existencias de más de 20 millones de pares que deberían ser exportados y no encuentran mercado.

La industria automovilística deberá cerrar el año de 1991 con una producción de 99 mil vehículos. En la década del 70, solamente una de las 13 ó 14 ensambladoras producía más que eso.

La industria electrónica tiene entre el 70 y el 80% de capacidad ociosa, mientras los cuatro grandes productores de electrodomésticos (línea blanca), con una baja del 50% en las ventas, han dado vacaciones colectivas para el mes de octubre.

Ya que no se produce como contrapartida un aumento en la oferta de productos, todo esto se traduce en nuevas presiones inflacionarias. Paralelamente, hay que mencionar la inflación de origen cultural, es decir, la indexación formal e informal de la economía, el aumento de los precios determinado por la expectativa inflacionaria futura.

Si no hay inversiones productivas, menos aún en el área social. Según constatación de la ONU hay 60 millones de brasileños que no han concluido el primer año escolar y no saben utilizar el alfabeto; y el 18% de la población nunca ha aprendido a leer.

Eso sin hablar del estado de calamidad en que se encuentran los servicios de salud y de saneamiento básico.

Alza de la inflación

Del 80 hasta hoy, después de nueve planes de estabilización económica y unos seis intentos de realizar un pacto nacional para superar la crisis, la situación no ha mejorado. Es peor a cada instante y los intervalos entre los planes son cada vez menores.

Hemos llegado a una inflación del 100% al mes en el gobierno anterior y hoy convivimos con tasas alrededor del 20%, pese a todos los choques antiinflacionarios. Hace años que el país no tiene moneda y se maneja con índices. Se vive un permanente clima de tensión, el sindicalismo corporativista se radicaliza; se desarrolla el individualismo, las personas se exasperan, ya incrédulas de todo y de todos.

En los últimos días de septiembre, al cierre de esta nota, con la inflación nuevamente alrededor del 20% y con el gobierno llamando nuevamente al «entendimiento», la única certeza entre los empresarios es la inevitabilidad de un nuevo shock. En razón de esa expectativa los precios suben con mayor rapidez.

A cada momento de auge inflacionario se tiene un «chivo expiatorio» para justificar la incompetencia y falta de visión de los técnicos y gobernantes. En un momento eran los desembolsos de la deuda externa. Se decretó una moratoria de más de dos años y no resultó. Después fue el déficit público; prácticamente se han cerrado las cuentas internas y tampoco resultó; como no resultaron los congelamientos de precios y salarios.

La Constitución, nuevo culpable

Ahora, para el Gobierno, es una Nueva Constitución y un conjunto de leyes anacrónicas las que traban al desarrollo. El nuevo llamado al entendimiento o pacto social tiene como objeto cambiar el texto constitucional aprobado en 1988.

La propuesta de enmendar la Constitución presentada en septiembre ha provocado una fuerte reacción en el Congreso con el respaldo social, obligando al gobierno a retroceder. De una propuesta inicial de 44 enmiendas, las han reducido a cinco, pensando que así sería más fácil obtener el consenso.

En resumen, lo que se busca son nuevas formas para conseguir nuevos recursos ya que el gobierno está prácticamente quebrado. Las enmiendas proponen terminar con la estabilidad en el empleo de que disfrutaban los empleados públicos, el término del monopolio estatal de los sectores telefónico, y telegráfico, refinación y transporte de petróleo, búsqueda y obtención de minerales nucleares. Propone también el término de la jubilación por tiempo de servicio, y establece las edades de 60 años para los hombres y 55 para las mujeres como edad mínima para jubilarse. Además propone que la denominación de «empresa brasileña» se acuñe a cualquiera que tenga una sede en territorio nacional.

En plena marcha de las conversaciones en búsqueda del entendimiento el presidente Collor dice que el «Pacto no progresa porque los políticos solamente desean dividir el poder, los empresarios sólo quieren mantener sus ganancias y los trabajadores son corporativistas».

Parece que finalmente el presidente Fernando Collor descubrió al Brasil y confiesa no entenderlo, como tampoco vislumbra una salida para la crisis que él ayudó a profundizar con su insolencia, con su equipo de auxiliares directos tan corruptos. Jamás hubo en la historia del país tanta corrupción y tanta impunidad.

El Presidente reconoce también que está solo, pese a tener aún cierta popularidad, se escuda en ella y en el hecho de haber sido elegido por el voto popular para imponer sus ideas. Pero ya es notorio que los líderes políticos y empresariales no le reconocen autoridad ni competencia para sacar al país de la crisis.

El Presidente acusa a las élites de una conspiración pero eso sólo aumenta su aislamiento, porque lo que le resta de prestigio popular no tiene la contrapartida de un movimiento social organizado capaz de darle sostenimiento en la aventura.

Falta de propuestas

Pero lo que es peor, es que tampoco las élites tienen una propuesta plausible para salvar al barco del proceso nacional que se encuentra a la deriva. Mientras tanto, lo que se cocina en los pasillos del Congreso son fórmulas conspirativas para disminuir o quitarle el poder al Presidente, y no propuestas que conlleven a la retomada del desarrollo.

Para el socialdemócrata Leonel Brizola, gobernador de Río de Janeiro, y contendiente importante en las elecciones del 89, el Presidente debe reformular radicalmente su programa de gobierno y sustituir su cuadro de auxiliares. Brizola dice que es necesario formular otra propuesta de política económica para recién entonces llamar al entendimiento. Considera que la política actual está equivocada y que los hombres que la formularon son inteligentes pero están trabajando, sin saberlo, en favor de intereses externos.

Tasso Jereissati, gobernador de Ceará, también un socialdemócrata, tiene por seguro que el Presidente no está en condiciones de encontrar solo una salida, por lo cual propone un entendimiento fuera del gobierno. Esa tesis, si bien sin explicitarlo debidamente, es compartida por el PMDB, el más grande partido del país y también de oposición.

De esta forma se va gestando en el Congreso un movimiento para llevar al legislativo el centro de las decisiones políticas y económicas, vaciando al Ejecutivo, una especie de parlamentarismo informal. Otra tesis es la de anticipar para este año el

plebiscito sobre el parlamentarismo que la Constitución determinó que se realice en 1993.